

IMÁGENES DE UNA ESTELA INDELEBLE

Por: Héctor Ceballos Garibay

1976, año de ingreso a la UNAM. Ciudad Universitaria conforma el ámbito sagrado que nos acuerpa como equipo académico. Somos la brigada Karel Kosik: Estela, Lucía, Argelia, Elena y Héctor. Cuatro mujeres de carácter y talentosas con las que aprendí a compartir conocimientos, a relajarme de mis miedos, a convivir en igualdad de condiciones, a crecer juntos a la hora del estudio y de las fiestas, en los momentos del apapacho solidario, cuando sufrimos las muertes de los seres queridos y acontecen las separaciones y los reencuentros. En las sucesivas imágenes que ahora me rondan aparecemos leyendo *El Capital* en mi casa de Copilco; descansando plácidamente en el pasto de las “islas”, afuera de la Facultad de Ciencias Políticas; bailando rumba en el bar León o cantando “Amorcito Corazón” en las fiestas de los Godínez. También se entreveran en mis recuerdos las marchas por Reforma en apoyo a la huelga del STUNAM, las iracundas asambleas políticas estudiantiles donde tejíamos con ilusiones el rostro de la utopía, las maratónicas jornadas anuales de cine durante las Muestras Internacionales de Cine, y las gozosas escapadas con los cuates rumbo a Tepoztlán, Acapulco y Uruapan. Época gloriosa, indeleble, como el manto de luz que Estela esparce por doquier.

Principios de los años 80. El arte de recordar adquiere mayor nitidez. Vislumbro, por ejemplo, aquel día cuando, en la casa de Lindavista, el ingeniero Oscar Guzmán habló con Estela y conmigo a fin de convencernos de que, si habíamos decidido vivir juntos, también nos casáramos por lo civil. No le hicimos caso a mi querido exsuegro, y en cambio ella y yo escenificamos en el departamento de Churubusco un enlace matrimonial ficticio saturado de cursilería. Los amigos contribuyeron al montaje y la hicieron de todo: madrinas y padrinos, juez del registro civil, sacerdote...Hubo disfraces, viandas y vinos, pastel, intercambio de anillos y una hilarante teatralidad a fin de hacer mofa de los rituales nupciales convencionales. Qué maravilla, que el primer gran amor de nuestras vidas inspirara el benigno espíritu de la ironía. Meses después nos cambiamos a Copilco y adornamos la casa

con muebles de madera, plantas, posters y multitud de libros y discos. Éramos profesores adjuntos en la facultad y el dinero apenas alcanzaba. Estela lavaba los trastes y yo barría y trapeaba los pisos, o viceversa. La música nos acompañaba al hacer la comida, al discutir de política, al momento del sabroso chismorreo, al pleitearnos y reconciliarnos, en las alegrías y melancolías, siempre escuchábamos a Serrat, Sting, Tin Tan, los Beatles, la Orquesta Aragón, Mozart... Entre las añoranzas destacan aquellas fiestas en la colonia Santa María para festejar los cumpleaños de Lucía. Toda la palomilla se reunía y llegaban nuevos amigos. Estela y yo, a manera de ritual amoroso masoquista, elegíamos otras parejas para bailar, y así, a golpe de fomentar los celos en el otro, fue creciendo en nosotros aquella “pasión borrascosa” que tanto admirábamos en la novela de Emile Bronté.

Fines de los años noventa. Estela está casada con Pedro, un ser que le cayó del cielo: además de bella persona, es su mejor pararrayos, la fuente de su felicidad y padre de su hija. Yo estoy con Magui, mi actual esposa, y hacemos un viaje de paseo a Oaxaca, donde viven ellos. Luego de que nos separamos, Estela y yo seguimos en contacto esporádico pero eterno. El cariño resiste, se torna indestructible. Emerge de mi memoria un pasaje que retrata magistralmente esa luz que emana de ella para esparcirse por el firmamento. Es nuestro último día en la ciudad, y quedamos de cenar juntos en la plaza para despedirnos. La noche luce fulgurante. Llegan los otros invitados. Además de Estela, Pedro, Magui y yo, igualmente se encuentra con nosotros Pepe Elorza, segunda pareja de Estela, y padre de su primer hijo. Admiro sus canciones. El convivio transcurre placenteramente. De pronto, por algún imprevisto, igualmente se aparece por ahí Ricardo, tercer consorte y con quien ella procreó a su segundo vástago. La charla, al calor del mezcal, se aviva y hace que emerja la cordialidad entre nosotros. Y esta imagen final es lo que se agolpa ahora en mi mente como dibujo perfecto de esa estela brillante -su poderosa entrega afectiva- con la cual ella ha imantado a sus amigos y seres queridos.

Sés Jarháni, a 22 de septiembre de 2018, Uruapan, Michoacán.